

POR
CARLOS SEPTIEN GARCIA
(DE "EL UNIVERSAL", DE MEJICO)

Drama de "Life"

La revista norteamericana *Life* tiene dos ediciones: una, la ordinaria, que aparece semanalmente en los Estados Unidos, y que llega a los suscriptores foráneos que expresamente la solicitan; otra, la llamada "internacional", que sale a luz quincenalmente y que está destinada a los lectores y suscriptores de fuera de los Estados Unidos. El material de esta última se forma con una selección de las ediciones semanales norteamericanas.

Los suscriptores mexicanos que reciben la edición ordinaria de *Life* conocieron, desde el 9 de enero pasado, un reportaje de 14 páginas con abundantes fotografías, y en que, bajo el título "El drama de México", se presentaba una versión de nuestro país en la que concurren esos elementos ya clásicos en numerosos periodistas norteamericanos acomodados a nuestro país: muy buen lente fotográfico, muy malos amigos y peor cultura. Tan bien se reunían estos elementos en el reportaje de *Life*, que los suscriptores mexicanos de la edición norteamericana no supusieron siquiera que *Life* se atrevería a lanzar su información en la tirada "internacional" que se divulga entre nosotros. El riesgo de un ridículo era evidente.

Criterio de "Rodeo"

Sin embargo, *Life* ha decidido correr el riesgo. En su última edición "internacional", destinada—entre otros—a los lectores del Sur del Bravo, se reproduce, un mes después de aparecido en los Estados Unidos, el reportaje "Drama de México", con sus 14 páginas en negro y en color y sus textos idénticos.

¿Cuál es la razón por la que el lector mexicano de *Life* habrá de reaccionar desagradablemente ante este reportaje? Una muy sencilla y muy real: la misma razón que asiste a un norteamericano sensato para molestarse cuando se percata de que en el extranjero su país es interpretado exclusivamente a través de las vaciedades de Hollywood, de los pujos racistas nazis, de los vaqueros texanos o de los atracos gangsteriles de Chicago. En otras palabras: si es una verdad el que Hollywood se empeña en pintar la vida norteamericana como un tejido de superficialidad y amoralidades constantes, en cambio, una verdad muy superior es el que los Estados Unidos poseen un caudal de virtudes humanas, de salud, de trabajo, de ímpetu, que son la esencia de su grandeza. Por eso, el norteamericano sensato que se sienta visto desde fuera a través de las películas tendrá razón para reclamar por falso, parcial e injusto un juicio sobre su país en el que se haya aplicado lente de aumento para ver las manchas, y microscopio para abarcar toda su grandeza.

Y han sido precisamente este lente de aumento y este microscopio los que la revista *Life* ha aplicado a México en su número norteamericano del 9 de enero. De verdades parciales, de puntos aislados sacados de un conjunto nacional muy complejo y presentados como si fuesen la totalidad, se fabrica una visión engañosa de México. Porque en el reportaje de *Life* no hay verdad total alguna sobre México; hay sólo verdades parciales, sacadas de su jerarquía, y exageradas, y que son, por tanto, peores que una mentira, y hay también falsedades completas, que no por risibles dejan de serlo.

La verdad a medias

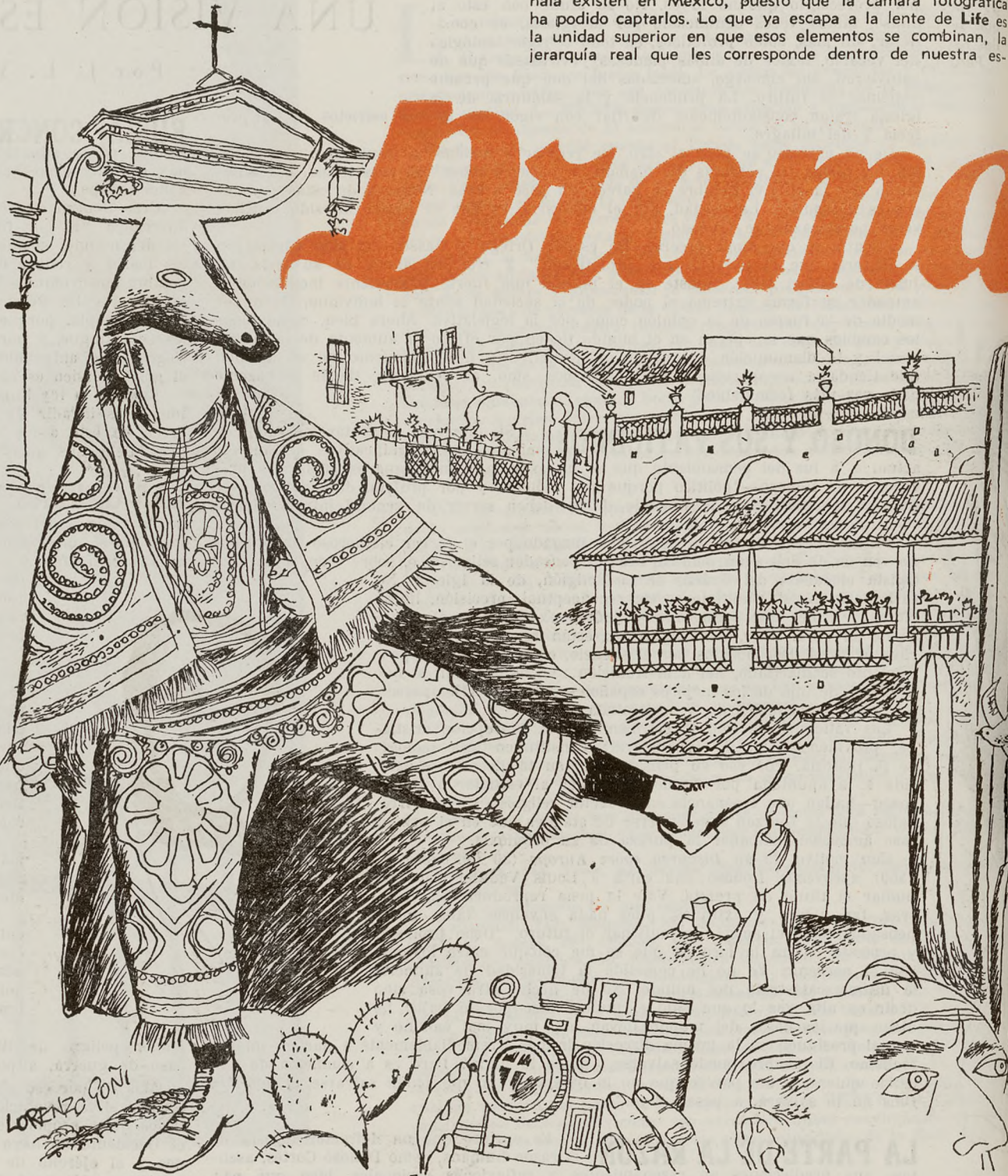
Las 14 páginas que *Life* dedica a nuestro país llevan por título "El drama de México". En fotografías magistrales se presentan sucesivamente los conocidos rostros de indios, danzantes tatuados y paisajes, interiores de Tepozotlán y romerías de Atotonilco. Con todo, el centro de la información se halla enfocado hacia el tema de la muerte mediante gráficas de entierros, tumbas, ofrendas y aun agencias de inhumaciones de tipo popular. En tan macabro desfile sobresalen, por su artificiosidad, dos fotografías: la una, en que se presenta a una niña sentada sobre una tumba, comiendo una gran calavera de alfeñique; la otra, en que un individuo de patillas convencionalmente "latinas" a lo Hollywood, conversa—así lo dice el pie de la foto—con el cuerpo de una tía suya muerta largo tiempo

atrás. Tan estupenda escena ocurre... ¡en el museo de momias de Guanajuato!

"La muerte en México—dice el texto que acompaña a esta parte central del reportaje—es algo omnipresente y familiar. Cuando los mexicanos no la están desafiando o rondando en las plazas de toros o en tumultos homicidas, la propician en ceremonias y festivales y la conmemoran en mausoleos, donde los restos de los amigos y de los parientes son cuidadosamente guardados..." Y luego, al re-

La verdad

Por supuesto que muchos de los elementos que *Life* señala existen en México, puesto que la cámara fotográfica ha podido captarlos. Lo que ya escapa a la lente de *Life* es la unidad superior en que esos elementos se combinan, la jerarquía real que les corresponde dentro de nuestra es-



ferirse a la foto de las momias: "Dentro del panteón de Guanajuato, las momias son removidas de sus tumbas para ser mostradas. Aquí, un ciudadano de la localidad se comunica con el cuerpo de una tía suya muerta largo tiempo atrás..."

En seguida, al tocar el tema religioso, *Life* asienta: "Bajo la cristiandad medieval elemental de México están los rescoldos de la antigua tradición pagana, que sobrevive tanto en las mentes de las masas como en la arquitectura que las rodea. Las iglesias están construídas sobre los restos de los templos aztecas; las imágenes de los viejos dioses se asoman sombríamente por entre las piedras labradas de los santuarios barrocos; las figuras de Cristo son adoradas como si fuesen ídolos..." Se acompañan a estas afirmaciones fotografías arquitectónicas de elementos visibles solamente para ojos muy avezados a la técnica y al arte y con aspectos—muy bellos—de las romerías de Atotonilco y de los artesales de Tepozotlán.

"El drama de México", que se hace consistir primeramente en las alternativas del carácter mexicano, "poético y cruel, inerte y profundo"; en las diferencias entre el paisaje suntuoso y la habitación humilde por el pico de Orizaba; entre la muerte; en la religiosidad y la paganía, se lleva a desembocar en el contraste material. Por un lado se presenta a una dama rica de la capital que hace ejercicio al sol dentro del magnífico salón de su residencia, y a una familia que hace tortillas en una cocina sordida "bajo la luz del mismo sol", según dice el pie de la fotografía. "Casi en ninguna parte del mundo occidental—concluye *Life*—es tan profunda la distancia que separa el lujo suntuoso de la total indigencia" como en México.

estructura nacional, y su verdadero significado mexicano. Y esto va dicho por lo que toca al aspecto serio de la información; que en cuanto a la hollywoodesca escena del ciudadano alquilado y retocado con patillas para que platique con la momia de su tía, o al contraste de la casa rica y la choza pobre, basta volver la hoja. Cualquier día de estos irá a los Estados Unidos un mexicano con sentido del humor y logrará, en el corazón mismo de Nueva York, contrastes peores entre cualquier palacete y cualquier calle del barrio negro; y más sucias escenas de ebrios y degradados que cualquiera de las que pudieran tomarse en nuestras callejas metropolitanas. La miseria y el vicio y el contraste entre riqueza y miseria no son exclusivas de México, sino mal de toda sociedad. Sólo que más culpable de ese mal será una sociedad mientras más rica sea y mayores recursos tenga a su disposición.

No, la miseria no es llaga de México sólo y es desleal, por tanto, el presentarla como distintivo de nuestra nación. Más cerca de la verdad puede andar *Life* cuando habla de los contrastes de nuestro carácter o de nuestra religiosidad. Más cerca, pero sin llegar a ella; porque México es mucho más que un asunto fotográfico y mucho más que un tema de reportaje. Lo que *Life* ha tomado son superficies, datos sueltos, verdades parciales. Lo que *Life* no ha podido tomar son profundidades, datos completos, verdad total.

Porque esos rostros de mestizos y esos peregrinos que van a Atotonilco, y esos retablos dorados, y esos sacerdotes que confiesan tras las celosías, y esas niñas con mirada profunda y rosas en las manos, no son "el drama de México"; son, verdaderamente, el orgullo de México. El solo hecho de que existan esos rostros morenos de indige-

naes seculares es un orgullo nacional; porque son ellos el mejor testimonio del respeto que en México se tuvo, desde hace cuatro siglos—no solamente hoy—, a la persona humana y el cuidado con que fué preservada la raza nativa en el momento del choque de la conquista y a lo largo de la fusión. Merced a ese respeto, cualquier fotógrafo norteamericano que venga a nuestro país podrá tomar rostros de indios a la vuelta de cualquier esquina y en el recodo de cualquier camino; en tanto que si desea captar aspectos de los nativos de Norteamérica, habrá de hacer un largo viaje hasta llegar a alguna de las "reservaciones" en que se permite vivir a los domesticados residuos de aquellas razas. Y eso sí que es un drama humano. Pero hay todavía más. En esos rostros que *Life* presen-

ta se advierte la clara huella de una nueva influencia: la del mestizaje. Alguna vena de las que laten bajo esas frentes tostadas es ya española; algún rasgo de esas caras impasibles es ya castellano. El nombre de cada uno de ellos será el de un santo cristiano, y su apellido, el de un conquistador o el de un misionero que se lo donó; y cuando su dueño hable con Dios, con sus semejantes o con los fotógrafos de *Life*, hablará español. Y este testimonio de fusión, de vinculación, de amor secular y de obra incesante de carne que no siente repugnancias porque se sabe igual en el blanco y en el moreno, y de espíritu que conoce la esencia de la suprema igualdad; este testimonio del mestizaje que es cada rostro y cada nombre de mexicano, es la mejor certificación de la gloria, de la esencia y de la esperanza de México.

México misionera

¿Que el mexicano ama la muerte hasta hacer de ella una presencia constante en la existencia, como apunta el reportaje? Vale la pena precisar: el mexicano no ama la muerte, pero tampoco la teme. Por la herencia de sus dos razas y por su fe, el mexicano sabe que la vida es ca-

Drama de México



hace cuatro siglos, y seguirá estándolo hasta llegar a la creación acabada y cumplida de un pueblo cuya originalidad ya deslumbra en tantos aspectos al mundo. Ello quiere decir que en proceso de nuestra unidad hay mexicanos que van saliendo ahora mismo del seno de lo primitivo, impregnados de fuerza nativa y de ideas elementales; pero ello no quiere decir que eso sea todo México. Son ellos una parte muy importante de la Patria; esa que da a la nación una siempre renovada adherencia a la tierra materna, una lealtad cada vez más firme al paisaje propio, una resistencia cada vez más vigorosa a toda importación malsana. Y son ellos también esa parte de México con la cual el país vuelve a comenzar todos los días su tarea de conducción y de ascenso por los escalones de una cultura cuyas raíces son tan espléndidas como Grecia, como Roma, como Palestina, como España.

Y allí sí viene la visión cabal de México. Junto a estos mexicanos mudos y firmes como raíces seculares, están los mexicanos que han realizado en su ser el equilibrio de Occidente y de Anahuac, y los que buscan realizarlo diariamente: los mexicanos que se insertan con todo su vigor racial, con todo su amor a la vida, con toda su capacidad para la técnica, para la ciencia, para la belleza, en las formas de vida y pensamiento de Occidente. Los mexicanos que han hecho fructificar en sus tierras, en sus ciudades, en sus familias, en sus almas, el caudal de instrumentos, de creaciones de espíritu, de Gracia y de Fe que un día llegó a estas tierras por los caminos del mar.

Y que conste que este análisis no encierra concepto alguno de raza o de clase. La maravilla del mestizaje mexicano consiste en que el más culto, el más adentrado por los caminos de la técnica o del espíritu, el más occidental, puede ser a lo mejor—como de hecho lo es tantas veces—un indio de tez bronceada. Y que—también a lo mejor—el necesitado de evangelización y de enseñanza puede ser—como de hecho lo es muchas veces—un hombre tan blanco y tan rubio como cualquier fotógrafo de *Life*.

Al revés

México tiene, por tanto, derecho pleno a exigir que cuando se trata de interpretarlo se haga con capacidad de visión y con buena perspectiva de todos los datos que lo integran. Y cuando no se entiende que México es un encuentro y un abrazo vivo de razas y de culturas señoreado por la cruz y el camino de plenitud original, se corre el riesgo de presentar explicaciones deformadas de esta realidad tan múltiple y tan diversa, cuya deslumbrante riqueza humana escapa irremisiblemente a quien pretende verla con ojos de turista y no con el respeto con que ha de verse a un pueblo en perenne fusión.

Mal hace, por tanto, *Life* cuando cierra su reportaje de los "contrastes" de México con la frase que ha quedado consignada: "en ninguna parte del mundo occidental es tan profunda la distancia que separa el lujo suntuoso de la total miseria". Un observador que sea verdaderamente occidental, es decir, que se halle empapado en la cultura y en la fe de Occidente, no puede expresar tal juicio final sobre México. Y si lo hace, una de dos: o es desleal a Occidente, o no entiende el significado de lo occidental.

Lo que un occidental "genuino"—permítase el calificativo para distinguir entre quienes cuentan con un acervo de cultura y quienes sólo tienen un equipo de fotografía—dice ante México, no es aquella frase. Prorrumpen—y tantas veces ha ocurrido—en la exclamación de quien asiste a un bello milagro. Y es que el juicio real sobre nuestro país es justamente el inverso del fotógrafo de *Life*: en ninguna parte del mundo occidental se ha logrado que hombres de tan diverso color y procedencia se fundan en una tan ardiente y tan profunda nacionalidad como ésta. En ninguna parte se ha logrado que la fe destierre tantas pagánías y finque tan sólida adhesión en el seno de las más distintas razas como aquí. En ninguna parte Occidente ha encarnado con tal originalidad, con tal vigor, con tal amor, como en las llanuras, en las sierras, en los ríos, de este México indio y castellano, primitivo y tierno, fuerte y suave. Y asistir, y estudiar, y comprobar el desarrollo de esta marcha de la unidad y del espíritu, es el más grande atractivo de México (para quien sepa verlo).

Tal es la verdadera realidad nacional. Lo demás, lo de *Life* es una de esas visiones turísticas con que tantas gentes sin cultura se estropean a sí mismas y estropean a las demás el goce completo de asomarse al milagro—no al drama—de México.

¡Y, en cambio, cuántos mexicanos de esos que *Life* pinta morenos y silenciosos, reverentes ante sus muertos, podrían escribir, de tener en sus manos el instrumental norteamericano, muy exactos reportajes acerca del drama de los hombres occidentales que, cargados de técnica y de lentes, son incapaces de entender y de vivir la Gracia, la Belleza y el Amor de Occidente!

¿No será ésta, acaso, la profunda tragedia de un periodismo como el de *Life*?